

## INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

### **Silvano Borruso: EL EVOLUCIONISMO EN APUROS (\*)**

No es la primera vez, y desde luego que no va a ser la última, que viene a estas páginas un libro de la editorial Criterio. Aún recientemente podíamos leer la nota bibliográfica que sobre la última obra de Miguel Ayuso escribió José Joaquín Jerez.

Sin embargo sí que es novedosa, o al menos infrecuente en las páginas de *Verbo*, la temática del libro que nos ocupa: las ciencias naturales, y en particular la teoría de la evolución.

El autor, ingeniero agrónomo, dedicado profesionalmente a la docencia y divulgador filosófico, hace una crítica aguda, en tono ameno y didáctico, de los presupuestos evolucionistas. Las escasas doscientas páginas de su obra se leen de corrido y sin duda siembran el desco de profundizar en muchos de los temas que el profesor Borruso aborda brevemente, quizá demasiado brevemente para nuestro gusto. La introducción a "El evolucionismo en apuros" justifica esta brevedad al narrar la génesis del libro, puesto que éste comenzó como una simple recopilación de notas y argumentos llevada a cabo por el autor para satisfacer su propia curiosidad, y no pretendió en ningún momento ser exhaustiva. Esta pequeña introducción nos sirve también para descubrir el carácter eminentemente científico de Silvano Borruso, que siendo joven comenzó a dudar de la teoría de la evolución porque sólo contaba con argumentos de autoridad, y se empeñó a investigar por su cuenta. Más adelante, en el capítulo 19, hará notar lo dañino que puede resultar para el avance de la ciencia el confiar ciegamente en este tipo de argumentos.

---

(\*) Criterio Libros, Madrid, 2001.

También en la introducción el autor se justifica por la antigüedad de las referencias que maneja, afirmando que "la argumentación se basa sobre datos científicos con valor permanente, que no han perdido nada de su validez ni van a perderla con el paso del tiempo". Sin embargo, éste es quizá el punto más débil del libro, que adolece de manejar fuentes antiguas, salvo escasas alusiones a Richard Dawkins y algún otro biólogo actual.

El profesor Borruso estructura la obra en los siguientes apartados:

- *Status Quaestionis*
- Problemas Imaginarios
- Problemas Reales
- Problemas de la Ciencia Moderna
- Conclusión

Como ya hemos adelantado, el estado de la cuestión queda un poco desdibujado por la antigüedad de las citas. Sin embargo aporta ya jugosos puntos de vista. Por ejemplo afirma que el aceptar la evolución en nada modifica, al menos no para bien, el estudio del resto de las disciplinas biológicas. Muestra como ejemplos algunos textos de anatomía, fisiología y taxonomía escritos por autores evolucionistas, los cuales se simplifican y mejoran ostensiblemente al eliminar toda alusión a la evolución. Por supuesto el lector no pierde de vista que tales citas están buscadas *ad hoc*, pero no desdicen la verdad denunciada por Borruso de que los científicos aceptan la evolución en teoría, pero prescindan absolutamente de ella en sus trabajos prácticos.

También en esta introducción el autor se atreve a comparar la teoría de la evolución con el flogisto o el calórico. Su ironía nos hace por lo menos sonreír, pero es difícilmente contestable.

En la segunda parte el autor se libera de un plumazo del prejuicio según el cual los detractores del evolucionismo se basan en motivos religiosos para su argumentación. Demuestra que no hay contradicción *a priori* entre creacionismo y evolucionismo, y basándose en la *Humani Generis* de Pío XII afirma que "los cató-

licos pueden, si quieren, sostener la evolución, siempre que no contradigan ciertos principios". Una vez desmontados estos "problemas imaginarios" centra el debate en sus justos términos: los estrictamente científicos.

La tercera parte es la más extensa y también la más interesante del libro. En ella se hace una demoledora crítica a la teoría de la evolución esgrimiendo, como acabamos de anunciar, argumentos exclusivamente científicos: físicos, químicos, matemáticos, biológicos, geológicos y paleontológicos. El autor se permite no sólo aducir objeciones ya clásicas (aunque, como él mismo denuncia, persistentemente silenciadas) como las que aportan las leyes de la química o el cálculo de probabilidades, sino que pone en evidencia otras "verdades" más universalmente aceptadas; tal es el caso de las dataciones basadas en la radiometría (las conocidas pruebas del carbono 14). También se permite ironizar sobre la obra del considerado universalmente padre de la evolución, Charles Darwin. En efecto, citando a Etienne Gilson nos recuerda que la palabra evolución no sale de la pluma de Darwin (hasta la sexta edición de *El Origen de las Especies*! Pero más aún, pone en evidencia que, "a pesar del título, bastante ambicioso, de su libro, el problema clave del origen de las especies, es decir, de cómo el primer ser vivo vino a existir, no aparece para nada". En cambio el profesor Boruso sí que aborda la posibilidad de la generación espontánea, aclarando que, aunque el nombre está proscrito, el concepto encandila aún hoy a la totalidad de los biólogos materialistas. Sin embargo, él declara su imposibilidad de forma tajante, y tras hacer una enumeración de las objeciones químicas más evidentes, concluye el epígrafe con esta exclamación: "Supongamos que aparezca la vida a partir de verdaderas "sustancias muertas". ¿Qué probaría esto? Probaría que, además de sustancias y aparato, una mente sería indispensable para organizar el todo. En otras palabras: generación sería; pero espontánea... ¡ni hablar!".

A partir de aquí enlaza con el siguiente capítulo, el que dedica al azar, que es también demoledor. No nos extendemos sobre él por ser una de las objeciones más clásicas a la posibilidad de la evolución. El cálculo de probabilidades más elemental ya da

idea de las dificultades con las que se encuentra la teoría si se basa sobre el azar. Los capítulos del 10 al 15 son más estrictamente biológicos, y contienen multitud de ejemplos interesantes que no apoyan precisamente la posibilidad del evolucionismo, desde la biología molecular hasta la fisiología; además denuncia la falta de lógica racional en el afán de presentar como pruebas de la evolución lo que a lo sumo se pueden considerar indicios. Así, se detiene brevemente en el concepto de homologías en fisiología (por ejemplo las aletas anteriores de un delfín, los brazos del hombre y las alas del murciélago) para hacer la siguiente consideración, irreprochable desde el punto de vista lógico: si la evolución ha tenido lugar, es lo esperable que encontremos homologías entre distintas especies. Ahora bien, de aquí sólo se podría concluir que el no encontrar homologías negaría la evolución. El hecho de encontrarlas no la prueba en absoluto. Por supuesto, no pasa por alto en esta parte el otro gran obstáculo de la teoría: el surgimiento de nuevos órganos. En efecto, su formación paulatina a base de pequeñas mutaciones a lo largo del tiempo se enfrenta al problema de que la naturaleza no preservaría a los individuos mutantes, que habrían perdido en su transformación alguna de las funciones de la especie a la que pertenecían, pero sin alcanzar en absoluto las de la especie nueva en la que se transformarían con el paso del tiempo. Y en cuanto a la aparición repentina de nuevos órganos, ni los más fervientes evolucionistas se atreven a postular semejante milagro.

Los últimos capítulos de esta tercera parte (16, 17 y 18) están dedicados a la geología, la paleontología y la estratigrafía y radiometría, y a nuestro juicio requerirían un tratamiento más profundo. Así, encontramos poco justificable englobar en la misma categoría un mamut congelado y el vaciado en piedra de un pez, aunque ambos sean objeto de estudio de los paleontólogos. Agradeceríamos un poco más de atención a la teoría de la técnica de placas y la deriva continental, y quizá un poco menos al paradigma neocatastrofista.

La cuarta parte vuelve a aparcar la ciencia para centrarse brevemente en la lógica, la filosofía y la ética. En un párrafo del capítulo 20 muestra una interesante crítica a la teoría de la selec-

ción natural: "la supervivencia del más dotado, en particular, no es sino un conocidísimo razonamiento en círculo, ya que no hay manera de establecer quién es el más dotado con un criterio independiente de su supervivencia. Es el más dotado porque sobrevive, y sobrevive porque es el más dotado".

Ataca también en esta sección el prejuicio según el cual los científicos son seres éticamente incontestables. En efecto, la sociedad actual, que ha prescindido del ejemplo de los santos, necesita de algún sustitutivo, ha elegido a los deportistas y a los hombres de ciencia. Por eso resulta tan escandaloso que un futbolista o un ciclista tomen drogas, por ejemplo. En el caso de los científicos, se les considera una especie de sacerdotes del saber, generosa y absolutamente entregados a sus descubrimientos. Esta es una suposición universalmente aceptada por la gente de la calle. Sin embargo, el autor la desmonta en un divertido capítulo en el que relata algunos fraudes "científicos" llevados a cabo por paleontólogos de reconocido prestigio.

No queremos dejar de señalar que es en esta parte en la que el profesor Borroso alude a autores evolucionista más modernos, y es cuando habla, por ejemplo, del equilibrio puntuado de Gould y Eldredge, o de la "subida al monte improbable" de Dawkins, uno de los evolucionistas actuales más conocidos (si bien en parte por su faceta de divulgador científico). Aunque las teorías de estos evolucionistas modernos, desmarcados en ciertos aspectos de la teoría clásica no quedan, a nuestro entender, suficientemente explicadas, y, por lo tanto, tampoco rebatidas con la misma fuerza.

La conclusión del libro es evidente: la teoría de la evolución no sólo no está probada, sino que presenta demasiados problemas para ser aceptada, y además a lo largo de su existencia ha demostrado su ineficacia para contribuir al desarrollo de la ciencia.

M.<sup>a</sup> JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA